Una exclamación se escapó de todos los labios; los nombres de Juliano y Galo fueron pronunciados.

El legionario, que marchaba á la cabeza de la columna, sopló en el romano cuerno retorcido, y el toque guerrero vibró en las montañas repetido por el eco.

## II

Profunda obscuridad reinaba en el vasto dormitorio de Macelo, antiguo palacio de los señores de Capadocia.

El lecho de Juliano era muy duro: una tarima de madera grosera, recubierta de piel de pantera. Así lo había pedido el joven Juliano, educado en los principios severos de la filosofía estoica, por su preceptor Mardonio, admirador apasionado de la antigua sabiduría.

Juliano no dormía. El viento que soplaba con furia rugía como fiera aprisionada. Después seguía imponente silencio. Y en esta calma aterradora se oia caer gruesas gotas de lluvia de las grietas del techo sobre las sonoras losas del pavimento.

El fino oído de Juliano creía percibir algunas veces el tenue ruído del vuelo de un murcielago. Oía la respiración regular de su hermano, débil y afeminado, que dormía sobre blando lecho, bajo para-

mentos riquísimos, último vestigio del lujo en aquel castillo abandonado.

En la pieza inmediata, Mardonio roncaba ruidosamente.

De pronto giró dulcemente sobre sus goznes la puerta de la escalera secreta. Una luz viva cegó á Juliano.

Labda, la esclava vieja, entró llevando en la mano una lámpara de metal.

—¡Ama! tengo miedo, no te lleves la luz...

La vieja colocó la lámpara en un nicho de piedra sobre la cabeza de Juliano.

—¿No duermes?... ¿Estás enfermo?... ¿Quieres comer?... Mardonio, ese maldecido pecador, os hace ayunar todos los días... Te traigo galletas de miel... Son buenas... pruébalas.

Hacer comer á Juliano era la ocupación favorita de Labda, pero de día no se atrevía á intentarlo por miedo al austero Mardonio.

Labda, medio ciega, arrastraba penosamente las piernas, vistiendo constantemente el negro hábito monocal.

Aunque cristiana devota, se la tenía por una hechicera tesalia. En su cerebro se habían confundido las más extrañas y sombrías supersticiones antiguas y modernas, dominándola de tal modo que la habían puesto á las puertas de la locura. Mezclaba las oraciones con los exorcismos, los dioses olímpicos con los demonios, las ceremonias cristianas con las brujerías. Iba completamente cubierta de cruces, de amuletos, tallados en huesos de muertos y de escapularios y reliquias que guardaban cenizas de mártires.



La vieja testimoniaba á Juliano cariño piadoso, considerándole como el único y legítimo sucesor de Constantino el Grande y á Constancio como un asesino y ladrón del trono.

Labda conocía mejor que nadie el árbol genealógico y las tradiciones familiares de los Flavios; había conocido al abuelo de Juliano, Constancio Cloro.

Los misterios sangrientos de la corte se conservaban intactos en su memoria y frecuentemente, durante la noche, se los refería á Juliano, que al oir cosas que su cerebro de niño no podía comprender, sentía que su corazón se estremecía de espanto ó indignación.

Con la mirada mortecina y voz monótona, Labda narraba estos horribles poemas de la existencia con igual indiferencia que si se hubiese tratado de antiquísimas leyendas.

Después de colocar la lámpara en el nicho de piedra, Labda bendijo á Juliano haciendo sobre su cabeza la señal de la cruz, se convenció de que el amuleto de ámbar estaba intacto, y después de pronunciar varias veces frases de exorcismo para ahuyentar los malos espíritus, se fué.

Pesada somnolencia se apoderó de Juliano: tenía calor; el ruído de las repletas gotas de agua que caía, como en el fondo de una copa sonora, le enervaba.

No se daba cuenta exacta de si estaba dormido ó despierto; si era el viento quien silbaba ó bien Labda, que semejante á una Parca murmuraba á su oído los terroríficos secretos de su familia. Todo cuanto por ella sabía y cuanto había visto en su in-

fancia se fundía en su cerebro en horrible pesadilla.

Veía el cadáver del gran emperador, sobre suntuoso catafalco. El muerto está rasurado: su cabeza está adornada con un ingenioso tocado de cabellos postizos, ejecutado por los más diestros peluqueros. Juliano, que ha sido llevado junto al muerto para que bese por vez postrera la mano de su tío, tiene miedo; la purpura, la diadema, á cuyas piedras arrancan variados reflejos las luces de los cirios funerarios, le dañan la vista hasta cegarle. A través de los perfumes penetrantes de la Arabia percibe por vez primera en su vida olor de cadáver.

Los obispos, los eunucos, los jefes del ejército aclaman al emperador como si aun viviese; los embajadores se inclinan ante él respetuosos, guardando escrupulosos las leyes de la etiqueta severa y aparatosa; los escribas pregonan los edictos, las leyes, los decretos del Senado, solicitando la aprobación de la conducta del muerto como si él pudiera oir todavía, y un murmullo adulador y servil sube de la muchedumbre: el pueblo asegura que Constantino es tan grande que por especial misericordia de la Providencia reina después de la muerte.

El niño sabe que aquel á quien se glorifica ha dado muerte á su hijo, joven heroico cuyo único delito había sido hacerse amar del pueblo con exceso. El hijo había sido calumniado por la madrastra, que le amaba con amor criminal, y se había vengado de él como Fedra de Hipólito.

Después la mujer de Constantino había sido sorprendida en relaciones adúlteras con un esclavo de las cuadras imperiales, y se la había dado muerte



en un baño de agua hirviente. Cadáver sobre cadáver y víctima sobre víctima.

Al fin, atormentado por su conciencia, el monarca suplicó á los hierofantes que le absolvieran de sus crímenes, gracia que le fué negada. Entonces el obispo Ozio le convenció de que sólo una religión tenía poder para purificarle... Y el suntuoso lábaro, el estandarte bordado de piedras preciosas, el mosnograma de Cristo brilla sobre el catafalco del parricida...

Juliano quería inútilmente despertarse, abrir los ojos y apartar lejos de sí aquella triste visión.

Las sonoras gotas seguían cayendo como lágrimas pesadas y el viento aullaba con creciente furia; pero el joven seguía creyendo que era Labda, la vieja Parca que murmuraba á su lado la sombría historia de los Flavios.

Después soñó Juliano que se encontraba en el encierro subterráneo de Constancio Cloro, rodeado de sarcófagos de pórfido que guardaban las cenizas de los reyes. Labda, oculta con sus vestidos en el rincón más sombrío á Galo enfermo, devorada por la fiebre. Súbitamente se oyen en la puerta alta del palacio desgarradores gemidos que corren de apartamiento en apartamiento.

Juliano reconoce la voz de su padre y quiere responderle, correr hacia él, pero Labda le detiene murmurando: «¡Calla, calla ó vendrán aquí!» y la vieja le cobija temerosa con su clámide. En la escalera se oye ruido creciente de pasos que se aproximan. Labda bendice á los niños y murmura invocaciones. La puerta cae destrozada y los solda-

dos de César disfrazados de monjes invaden el subterráneo.

Les guía el obispo Eusebio de Nicomedia. Las cotas de acero brillan bajo los hábitos negros. «¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu-Santo! ¿Quién vá?» Con la tajante espada en la mano, los legionarios exploran todos los rincones. Labda se arroja á sus pies mostrándoles á Galo enfermo y á Juliano sin defensa: «¡Temed á Dios! ¿Qué daño puede hacer al emperador una inocente criatura de seis años?» Los legionarios fuerzan á los tres desventurados á besar la cruz que Eusebio lleva y les obligan á prestar juramento de fidelidad al nuevo emperador.

Juliano se acuerda de la enorme cruz de ciprés sobre la cual se ve en esmalte el cuerpo del Salvador; debajo, sobre la negruzca madera se ven todavía manchas de sangre fresca, huellas de los dedos del asesino que lleva la cruz.

Tal vez sea la sangre del padre de Juliano ó de uno de sus seis primos: ¿de Dalmasio, Annibal, Nepociano, Constantino el Joven ó de los otros? El asesino ha juntado siete cadáveres para sentarse sobre el trono, y sus crímenes los ha cometido en nombre del Crucificado... Y todavía habrá más víctimas ¿quién sabe cuántas?

Juliano despierta lleno de espanto. La lluvia había cesado, el viento no sopla ya; la lámpara arde en el nicho. El joven se sienta en el lecho y escucha los latidos de su corazón en el silencio profundo y amedrentador de la noche.

De pronto voces y pasos resuenan de estancia en estancia repercutiendo en las altas arcadas de



Macelo, como en otro tiempo en el encierro subterráneo de los Flavios.

Juliano tiembla; le parece que continua la pesadilla.

Los pasos se aproximan, las voces se perciben claramente.

Juliano grita:

—¡Hermano, hermano! ¿estás dormido? Mardonio ¿no oyes?

Galo despierta.

Con los pies descalzos, los cabellos grises en desorden, vestido con una túnica corta, Mardonio, pálido y atemorizado, corre á la puerta secreta.

—¡Los soldados del prefecto!... Vestíos... ¡Es preciso huir!

Era demasiado tarde. El chirrido del hierro le advierte que se cierra la puerta por fuera. Las columnas de piedra de la escalera de honor quedan iluminadas por las antorchas, que arranca cegadores brillos al estandarte de púrpura y á la cruz de la coraza de los soldados.

—En nombre del muy ortodoxo y bienhechor, Augusto, emperador Constancio! yo, Marco Escuda, tribuno de la legión de los Fretensis tomo bajo mi custodia á Juliano y Galo, hijos del patricio Julio Flavio.

Mardonio, con la espada en la diestra, se mantenía en actitud guerrera ante la puerta cerrada del dormitorio dispuesto á impedir el paso á los soldados. La espada estaba enmohecida é inservible para la lucha. El viejo pedagogo sólo se servía de ella para demostrar á lo vivo cuando explicaba la *Iliada*, como combatía Hector con Aquiles.

Pero en aquella ocasión, Mardonio, que no tenía valor para matar una hormiga, esgrimía la espada ante Publio con arreglo á las más severas reglas del arte militar de los tiempos homéricos.

Publio que estaba ebrio se enfureció:

—¡Quítate de mi paso majadero! ¡quítate de mi paso si no quieres que te aplaste!

Asió á Mardonio por la garganta y le arrojó contra el muro. Escuda abrió la puerta del dormitorio.

Por vez primera en su vida vió á los dos últimos descendientes de Constancio Cloro.

Galo parecía corpulento y fuerte; pero su cutis era fino y blanco como el de una doncella, sus ojos, de un azul pálido eran lánguidos é indiferentes. Los cabellos rubios como el oro (signo distintivo de la raza de Constantino) caían en bucles sobre su robusto cuello. A pesar de su cuerpo hombruno, del vello que comenzaba á cubrir su barba y de sus diez y ocho años, Galo tenía en aquellos momentos todo el aspecto de un niño. Le temblaban los labios como si estuviera á punto de llorar, cerraba los párpados hinchados por el sueño y se santiguaba continuamente murmurando: ¡señor tened piedad de mí!

Juliano era un niño delgado, enfermizo y pálido, de rostro irregular y cabellos fuertes, lacios y negros; la nariz extremadamente larga y el labio inferior muy prominente. Llamaban desde luego la atención sus ojos grandes y extraños en los que lucía un brillo singular, impropio de un niño y que tenía algo malsano que hacía pensar en la demencia.



Publio, que siendo joven había visto con frecuencia á Constantino el Grande, pensó:

—Este muchacho se parecerá á su tío.

Al verse ante los soldados, Juliano dejó de tener miedo. Se sentía colérico. Con los dientes cerrados y mal cubierto con la piel de pantera que había tomado del lecho, para echársela sobre los hombros, miraba con insistencia provocativa á Escuda, él labio inferior le temblaba de rabia mal contenida. Con la mano derecha, que la piel tapaba, oprimía el mango de un puñal persa (regalo de Labda) cuya punta guardaba un violento veneno.

—¡Buen lobezno!—dijo un legionario mostrando á Juliano á un compañero.

Escuda iba á penetrar resueltamente en el dormitorio cuando Mardonio tuvo una nueva idea de salvación.

Arrojó la inservible espada y se asió del manto del tribuno gritando con voz penetrante de mujer atemorizada:

—¿Qué vais á hacer, traidores?... ¿Osaréis atropellar á un enviado del emperador Constancio? Yo tengo el encargo de conducir á la corte á estos dos príncipes. El augusto emperador les ha otorgado su perdón... Aquí está la orden de Constantinopla...

—¿Qué dice este hombre?... ¿De qué orden habla?

Escuda miró á Mardonio. Su rostro afeitado y pulcro denunciaba incontestablemente al eunuco, y el tribuno no ignoraba el importante papel que los eunucos jugaban cerca del emperador.

Mardonio buscó en un cajón un rollo de pergamino, que presentó resueltamente al tribuno. Este lo

desenrolló y palideció en seguida. Sólo había visto las primeras líneas leyendo el nombre del emperador que se denominaba en el edicto *nostra œternitas*. Escuda no se fijó ni en la fecha ni en el año.

Cuando vió en el pergamino el gran sello imperial sobre cera verde derretida, sus ojos se obscurecieron y sintió que se le doblaban las rodillas.

—¡Perdón!... ha sido un error.

—¡Marcháos, marcháos, sin perder tiempo!... ¡El emperador lo sabrá todo!... — replicó Mardonio, arrancando precipitadamente el decreto de las manos temblorosas del tribuno.

—¡No nos perdáis!... ¡Todos somos hermanos, todos pecadores; os lo ruego en nombre de Cristo!

—Marcháos, marcháos en seguida.

Escuda dió la orden de marcha y no hubo más que un legionario ebrio que á toda costa quería arrojarse sobre Mardonio. Se le hizo salir por fuerza.

Cuando se hubo apagado el ruido de los pasos, y Mardonio estuvo cierto de que había desaparecido todo peligro, tuvo un ataque de risa convulsiva que agitó todo su cuerpo. El anciano se olvidó de su ordinaria gravedad, de la decencia pedagógica, y se puso á bailar alegremente sin curarse de cubrir lo que la escasa túnica no le tapaba. Al propio tiempo gritaba:

—¡Hijos míos! ¡hijos míos, gloria á Hermes! Les hemos engañado diestramente. El edicto que han visto fué anulado hace tres años... ¡Ah, necios! ¡pobres imbéciles!



Al rayar el nuevo día Juliano quedó profundamente dormido.

Despertó tarde, repuesto y alegre, animoso al ver el sol radiante que penetraba por el ventanal del dormitorio.